



ARTÍCULO

PRESENCIA. MIRADAS DESDE Y HACIA LA EDUCACIÓN, N.2 (2017)

Colegio Stella Maris <http://www.stellamaris.edu.uy/>

Montevideo – Uruguay

ISSN 2393-7076

Sujetos reflexivos**Prof. Enrique Puchet C.**

Es uno de los miembros del par que circula a diario. Esto es: o se validan como irrefutables los pronunciamientos colectivos (“la asamblea lo decidió”, “es voluntad del gremio”, “el sindicato lo tiene resuelto”...) lo que implica consagrar el imperio del gran número; o se apela al derecho incancelable de cada cual a ser “él mismo, ella misma”, esperando que de allí –del reducto de la conciencia personal– nazca una mejor convivencia (o ninguna, si eso es necesario para afirmar aquello a que no se puede renunciar: la diversidad insuprimible). Quizás, no estrictamente, cada una de esas posturas se corresponda con estratos sociales y niveles de cultura: remitir al anonimato de lo colectivo es característico del proletario que se sirve de sus manos, en tanto que el “sagrado inviolable” del querer individualizado parece más propio de medios profesionales liberados del trabajo físico. (En estos, es muy frecuente que se concluya, como razón última: “No, no lo interpreto como tú. Y es lógico: ¡somos personas diferentes!” Destacable es el hecho de que expresiones de esa clase se den a menudo en miembros de la profesión docente).

No necesita justificación que el autor de estas páginas se mueva con mayor lucidez entre los conceptos del segundo miembro de la alternativa. ¿Para adoptar literalmente sus argumentos? No: rige aquí, como en todos los casos, la responsabilidad del intelectual –cualquiera sea su rango–, comprometido como lo está con la revisión, el análisis, la necesidad de mirar más lejos o más hondo –el éxito–, queda sobrentendido, no se inferirá

del solo propósito. El intelectual: ese producto de la cultura letrada que comienza siempre por recortar algún tramo de la historia de la idea, operación que entre nosotros equivale a remontar al clasicismo griego. ¿Qué aprendemos de la noción de un sujeto reflexivo, concebido como referido a sí en sus certezas fundamentales, cuando repasamos, por ejemplo, antecedentes socrático-platónicos, incluso si el ejercicio comienza por admitir sus carencias en erudición? A ello apunta la indagación inicial de nuestro ensayo.

Reflexión y dedicación

¡Conócete!: como aspecto del legado clásico, todos tenemos presente el consejo delfico; inclusive en su significación, más modesta, que incita a medir las fuerzas propias. Y es verosímil que la recomendación contribuya a caracterizar el llamado a la reflexión en el que insisten voces actuales. Por de pronto, en el diálogo Fedro (229-230) se nos dice que no hay que distraerse con disputas acerca de mitos fabulosos, sobre los que es preferible remitirse a la tradición. En cambio, sí es tarea de individuos que distinguen entre seriedad y banalidad entregarse al saber acerca de sí mismos. Este saber no es tanto una verificación de hecho como un proyecto que reúne comprobación y propósito. No se trata de tomarse como objeto de test, sino de asumirse como un ser que decide sobre lo que pretende ser. Aunque no se lo observa comúnmente, hay aquí un elemento de elección por el que el sujeto se involucra en ponerse a ser lo que estima digno de sí: ¿seré, se pregunta el filósofo, un sujeto fatuo, henchido de orgullo, o una expresión de humanidad afín a la naturaleza divina? Como si se nos estuviera diciendo que el hombre es un ser que no puede ocuparse de sí mismo sin proyectarse bajo forma de paradigma.

Es este un aspecto sugestivo de la reflexividad tal como se la entendió en el medio socrático-platónico. El tema aparece con mayor énfasis en el pasaje de Apología de Sócrates (29d-e) que contiene la exhortación que el filósofo dirige a sus conciudadanos induciéndolos a no sacrificar lo esencial en beneficio de externalidades que hacen a la fama, a la riqueza, las cuales constituyen “cosas de la Ciudad” y no “la Ciudad misma”. Se hace necesario, con todo, determinar qué es lo que este maestro sin discípulos echa de menos, puesto que no es malicioso temer que toda esta admonición vaya a dar a la vaciedad. Esta es la aclaración socrática: los atenienses, obsesados por “la ciencia (*sophía*) y el poderío”, descuidan tres valores básicos: “la inteligencia, la verdad y el

alma” (esta, como lo que ha de mejorarse incesantemente). En busca de una interpretación plausible, hemos pensado que de lo que se trata es de exaltar, sucesivamente: la acción inteligente, la veracidad que nos haga confiables y la atención al modo como nuestros actos nos afectan (en particular, no irresponsabilizarnos de ellos). Nos parece adecuado hablar entonces de “virtudes”, mejor que de “valores”, según proponen exponentes de la teoría ética contemporánea. (No es esperable, sin embargo, que encuentre fácil aceptación el sesgo que esta sustitución trae consigo, vista la acentuada prevención contra la “moralina” que hoy rige).

Una conclusión parece imponerse. Si nos atenemos al desarrollo precedente, “reflexión” -vuelta sobre sí- no tiene que ser asociada cardinalmente con mero autoanálisis, sino con dedicación a un modo de ser que apunta a prácticas de vigilancia sobre sí a la luz de logros objetivos (contrastables y compartibles) que admiten que se los defina en interlocución y en correalización –por ende, necesariamente sociales. Una práctica semejante tiene más de autodisciplina que de autoconocimiento. El acto por el que el sujeto se vuelve sobre sí contiene un ingrediente de trascenderse.

86

La reflexión como vocación de saber

Ni el mundo, ni ningún objeto del mundo es un trozo de mi yo, ni se encuentra en la vida de mi conciencia como una parte integrante de ella, como complejo de datos de sensación o de actos. Al sentido propio de todo lo que forma parte del mundo es inherente esta trascendencia, aun cuando solo reciba y puede recibir el sentido entero que lo define, y con él su valor de realidad, de mi experiencia, de mi correspondiente representarme las cosas, pensar, valorar, hacer... (E. Husserl, *Meditaciones cartesianas*, primera meditación; trad. De J. Gaos).

Nuestras posturas afectivas no forman simplemente una gama o un tapiz a ser contemplado por un espectador indiferente. Así como pueden ser acertadas o equivocadas con respecto a los hechos que configuran una situación creada, así podemos también estimarlas en su acierto o desacierto a partir de lo que consideramos como una forma de vida apropiada y acertada, y estas consideraciones acerca de lo apropiado modifican constantemente nuestras posturas afectivas, de modo que se vuelven inseparables las maneras de pensar y las maneras de sentir (Ezra Heymann en *Relaciones*, mayo/2017).

Si es posible rastrear en la Antigüedad clásica elementos con los que representarnos una subjetividad que se remite a sí misma, reflexivamente, tanto más ha de ser verosímil encontrarlos en el pensamiento moderno. René Descartes es el filósofo

del que no podrá prescindirse. Empero, no sin dificultades. En los medios intelectuales, a Descartes suele figurársele como una especie de paso en falso. Se le recrimina: dualismo, que ignora la unidad humana; racionalismo, para el que el tratamiento matemático es el procedimiento privilegiado, para el descubrimiento, para la innovación; subjetivismo, que quisiera llegar a las cosas mediante los conceptos. Para aspirantes a pensadores de la primera mitad del siglo pasado, acostumbrados como estaban (estábamos) a valorar altamente al autor del *Discours de la Méthode*, es, la anterior, una serie de cargos a los que, a estas horas, cuesta responder con fuerza persuasiva.

Agreguemos la posible imputación de falta de originalidad. Esta vez, cuando el antecedente invocado es san Agustín, podríamos contentarnos con la advertencia de un erudito de primera fila, Étienne Gilson, quien, hacia 1930, nos advirtió prudentemente: sobre las invocadas fuentes agustinianas del cartesianismo, conviene no magnificar ni minimizar. No es, para nosotros, la cuestión que importa.

El tema que sí nos atañe es intentar la recuperación, en las Meditaciones metafísicas, –en verdad, no más que en un fragmento inicial–, algo como una etapa decisiva en la afirmación de la subjetividad como constante de la experiencia humana a la que cierta modalidad de la teoría contemporánea tiende a desechar inconsideradamente. No habrá de nuestra parte un desarrollo sistemático, sino más bien la referencia a un rasgo que entendemos cardinal y a su relevancia, al menos sugerida, para la vida en nuestros días. La actualidad del tema estará siempre presente. Nuestra tesis es que olvidarnos del sujeto es abrir cauce a toda especie de arbitrariedades y sojuzgamientos en las relaciones que los individuos entablan entre sí y con las instituciones.

No nos prometemos ninguna exégesis acabada. Como tampoco llevaremos más lejos una suerte de conjetura acerca del grado en que la sensibilidad cristiana puso a la filosofía de Occidente en camino de adquisiciones que no son reducibles al modo de ver las cosas que había caracterizado al “paganismo”. Aun en Descartes, con todo su racionalismo y su insoslayable estima por la “humana filosofía”, la vivacidad de la reflexión, la conciencia de hablar, por así decirlo, “en nombre propio”, dejan percibir la huella que la visión cristiana produjo como peculiaridad que consideramos revalidable, también hoy, en los asuntos intelectuales más abstractos y, ni qué decirlo, en los encuentros (y desencuentros) de la existencia diaria. Agreguemos sólo que los textos evangélicos, a la vez que trasuntan personificación del discurso, previenen contra los

riesgos del personalismo que hace de “objetividad” una mala palabra; en 1 Cor 3, 4 se lee: “Siempre que uno dice: ‘Yo soy de Pablo’ , y otro: ‘Yo, de Apolo’ /judío cristianizado/, ¿no es verdad que procedéis por miras puramente humanas?” Traduzcamos: se educa eficientemente cuando se transmiten valores, no cuando se los recomienda según su lugar de origen.

Un desvío en el camino

Hoy en día, es frecuente que a propósito del “sujeto”, -es decir, de la pretendida reflexión acerca de él-, se hable del “desmontaje de los modos tradicionales de concebir al sujeto, como centrado, transparente a sí, como fundamento del edificio teórico” –todas, inequívocas alusiones al cartesianismo–. Y que, a continuación, no con consecuencia irreprochable, se diga: “Pero..., si el sujeto ya no está en el centro de las teorías, indudablemente lo está en el de nuestras preocupaciones”.

Nuestra suposición básica es que, a menos que optemos por un pensar desencarnado, aquello que ocupa el centro en las “preocupaciones” no puede menos que ocuparlo en las “teorías”.

(Las citas provienen de la Presentación de Pedro Karczmarczyk al volumen *El sujeto en cuestión. Abordajes contemporáneos*, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2014; el académico citado es su compilador y colaborador).

Nos importa por ahora desvirtuar un malentendido. La reflexión cartesiana, búsqueda de un saber fundado al que sea posible atenerse, no es un ejercicio de introspección en el estilo de una psicología de “estados mentales”; ni el “discurso” en que se entrega al lector es un relato en la habitual modalidad de la autobiografía. Lo que aquí tenemos es una peculiar tensión intelectual propia de una vocación que apunta a la certidumbre de un punto de partida indubitable.

En términos más prosaicos aplicables a los “intelectuales”, en plural, en tanto individuos comunes que se ven abocados a crisis de mucho menor entidad: es verse abocado a una reconsideración de lo andado en materia de conocimiento (métodos, materiales de consulta acostumbrada) y preguntarse si no es preciso aceptar que ha sobrevenido un bloqueo y que asoman rutas de “investigación” que reaprender. El gran

ejemplo –el de los creadores– ayuda a comprender la experiencia de los aprendices, la que no está destinada a hacer historia.

En el caso del intelectual creativo, el que abre caminos nuevos, la situación es la que describen los párrafos finales de la *Primera meditación*. En él, es cuestión de “un proyecto penoso y laborioso”. Y continúa:

Una suerte de pereza me arrastra insensiblemente al cauce de mi vida ordinaria. Como un esclavo que gozara en sueños de una libertad imaginaria, tan pronto como empieza a sospechar que su libertad no es más que sueño, teme ser despertado y conspira con sus agradables ilusiones para seguir siendo engañado, así también recaigo yo por mí mismo, en mis antiguas opiniones. Y temo despertar de este embotamiento, no sea cosa que las laboriosas vigiliadas que seguirían a la tranquilidad del reposo, en vez de aportarme luz en el conocimiento de la verdad, resulten insuficientes para despejar las tinieblas de las dificultades que acabo de atiza vive la crisis, nos convoca a realizarla por nuestra cuenta.

Por más que esto evoque la caverna platónica y su evadido, el sujeto moderno, a diferencia del antiguo, vive su crisis y nos llama a practicarla por nuestra cuenta. ¿Superioridad del moderno sobre el antiguo? En todo caso, imposibilidad de saltarnos el primero a pretexto de reverenciar al segundo.

Esta alternancia que se mueve entre modelos y epígonos es prometedora de desarrollos fecundos. Los modelos nos traen la intensidad de lo que comienza a existir; los aprendices, aun en su inopia de conceptos nuevos, aportan el componente de realidad cotidiana que les será, de todos modos, reclamado: la pluralidad les es inherente. Para los primeros, es adecuado hablar de “sujeto”, en abstracto, puesto que les incumbe fundar un saber; en los segundos, es más apropiado decir “sujetos”, como quiera que nos referimos a insuprimibles unidades de experiencia. Los que se han abocado a explorar la subjetividad –y deben mantenerse siempre a la vista–, reciben atención constante y, aun, devoción; los “sujetos”, en plural, en quienes la cualidad progresiva de “reflexivos” acrecienta su responsabilidad hacia los Otros, humanos vivientes todos ellos, son acreedores al respeto

(mayo-junio de 2017)